

*Biografías  
del Cinema*



Editorial **ALAS**

Precio **1'25** pesetas:





FUNDADOR Y DIRECTOR:  
RAMÓN SALA VERDAGUER  
.....  
B A R C E L O N A

APARTADO 707 — TELÉFONO 70657

CENTRO DE REPARTO: SDAD. GRAL. ESPAÑOLA - BARBARÁ, 14-16 - BARCELONA

# BIOGRAFIAS DEL CINEMA

AÑO II

Núm. 5

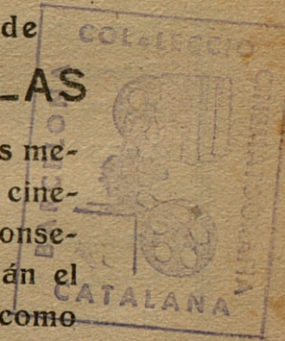
## MELVYN DUOGLAS

Biografía y anécdotas

La labor interesante de

### MELVYN DOUGLAS

Este varonil actor, uno de los mejores que nos ha ofrecido la cinematografía americana, ha conseguido en su carrera de galán el haber trabajado tres veces como compañero de la eximia actriz Greta Garbo, honor no alcanzado por ningún otro actor hasta la fecha





## BIBLIOTECA CINE NACIONAL

Precio: 2 ptas.

Molinos de viento	Rápteme usted
¡No quiero!... ¡No quiero!...	Tierra y cielo
La canción de Aixa	Jal-alay
Usted tiene ojos de mujer fatal	¿Quién me compra un lío?
El barbero de Sevilla	La alegría de la huerta
Carmen la de Triana	Sol de Valencia
Eran tres hermanas	Rinconcito madrileño
Suspiros de España	La Dolorosa
Bohemios	Rumbo al Cairo
Don Floripondio	El octavo mandamiento
Los hijos de la noche	La reina mora
La última falla	La Millona
Los de Aragón	María de la O
Leyenda rota	Melodía del arrabal
El crimen de medianoche	En busca de una canción
Martingala	El difunto es un vivo
Alas de paz	

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

## PRÓLOGO

La simpatía es la mejor cualidad que puede poseer todo artista, y pocos hay que la posean en grado tan abundante como Melvyn Douglas, el actor que cuando apareció en la película «Como tú me deseas» como galán de Greta Garbo, ya no pasó desapercibido de aquellos que saben adivinar cuándo nace una estrella, los cuales no han extrañado sus repetidas apariciones.

La prestancia de Melvyn Douglas le ha colocado en la delantera de los galanes de hoy día, y no pasará mucho tiempo sin que se le pueda aplicar el calificativo de «primer galán de la pantalla», tan rápidamente va ascendiendo.

Existe una verdadera crisis de galanes. Las estrellas femeninas abundan, pero los hombres cada día escasean más. Limitándonos al cine americano, vemos que a los nombres famosos de Greta Garbo, Katharine Hepburn, Ginger Rogers, Jeanette MacDonald, Kay Francis, Myrna Loy, Irene Dunne, Jane Arthur, Constance Bennett, Norma Shearer, Virginia Bruce, Maureen O'Sullivan, Judy Garland, Hedy Lamarr, Rosalind Russell, Cecilia Parker, Claudette Colbert y muchas otras que harían esta lista interminable, ¿qué nombres masculinos podemos oponerles? Gary Cooper, Robert Taylor, Cary Grant, Clark Gable, James Stewart y Melvyn Douglas. ¡Seis apostos galanes contra tantas damas!...

Tal vez sea esta diferencia de cantidad entre ellos y ellas lo que hoy hace sobresalir más a la estrella masculina que a la femenina, y también se ha comprobado por estadís-



ticas de empresarios, que los galanes son un atractivo mejor para la taquilla. La explicación de esto consiste en que acuden más mujeres que hombres al espectáculo cinematográfico.

Concretándonos a Melvyn Douglas, el actor que priva hoy en el cine americano, diremos que su nombre es un verdadero imán, y solicitado por miles de lectores, publicamos hoy unas memorias biográficas relatadas por él mismo, altamente interesantes, en las que a partir del día de su nacimiento permiten seguir paso a paso todos los incidentes de su vida profesional con varias anotaciones de su vida íntima, que proporcionan media hora de amena lectura, ya que al paso que explica cómo ha llegado a estrella cinematográfica, expone sus opiniones acerca de la manera de trabajar en los estudios, sus conversaciones con los directores, artistas, las dificultades que todo principiante tropieza, y esto en forma ágil y agradable que más que la relación de una vida real posee el encanto de una novela.

Melvyn Douglas es un hombre que, aparte de lo famoso que se ha hecho en las películas, desempeña distintos cargos. Pertenecer a la Junta Directiva de la «Asociación Sinfónica del Sur de California», es director de la «Beneficencia del Estado» en California, y desde que los Estados Unidos han entrado en guerra, o sea, desde diciembre de 1941, le ha sido conferido un cargo del Estado, remunerado con un gran sueldo.

Sus aficiones son los viajes y el deporte. Su artista favorita fué Eleonore Duse, y admira también, por lo que tiene de difícil, la labor del actor cómico.

Nada de cuanto pudiéramos añadir ahora resultaría más interesante que su propio relato, por lo que le cedemos la palabra.

## N A C I

La fecha creo que poco importa, y menos en un hombre. En un día de abril estaba yo destinado a hacer mi aparición en este mundo y así ocurrió. Las amigas de mi madre aseguraban que sería una niña. Mi padre quería un muchacho.

Mi padre no cabía en sí de gozo, y mi madre, a pesar de las opiniones de sus amigas, tuvo un granalegrón al enterarse de que tenía un heredero.

Según he oído contar, la enfermera que atendía a mi madre, sería una mujer algo más que descuidada, pues me dejó un gran rato cabeza abajo y poco se ocupó de mí, hasta que llegó el amable doctor que me puso en condiciones de iniciar mi lucha por la vida. Todo esto lo sé porque me lo han contado. Ya supondrá la amable lectora, o lector, que, aun cuando tengo una memoria excelente, no va tan lejos como todo esto. Puesto ya sobre los pies, empecé a mirar a mi alrededor y pronto descubrí que mi padre era Edward Hesselberg, pianista y compositor, de origen ruso. Mi madre, buena, deliciosa, encantadora, se llamaba de soltera Lena Shackleford, nacida en Kentucky, al Sur de los Estados Unidos. Pertenecía a una antigua familia en cuya ascendencia figuraban importantes personajes de origen inglés y escocés.

Mi sino no debía haberme llevado a las tablas y de allí a la pantalla, sino a viajante de comercio, pues aún no con-



taba yo dos meses, cuando mis padres decidieron venir a Europa para instalarnos en Europa. Por lo que supe más tarde, mi padre acariciaba la idea de que yo fuera músico como él, y para esto era necesario residir en Europa. En América, el ambiente no era favorable.

Como ocurre en muchísimas familias, y no diré en todas porque no hay regla sin excepción, basta que mi padre quisiera hacerme músico, para que mi madre me destinara a otra carrera.

Para ella, el foro era el sitio donde deseaba ver a su hijo, vistiendo la toga y defendiendo todo lo defendible. Por mi parte, yo no opinaba todavía y asistía con absoluta indiferencia a las discusiones de mis progenitores. Como comprenderán, antes de cumplir un año, no podía yo decidirme por ninguna de las carreras a que se me destinaba.

La ausencia de Europa de mi padre databa de años, y cuando llegamos apenas si encontró media docena de los íntimos amigos que había dejado, y un día me di cuenta de que mi madre estaba arreglando de nuevo el equipaje y pocas semanas después regresábamos a América.

Yo iba creciendo normalmente, oía decir a mi madre que era un buen muchacho, que no le había dado malas noches y pronto me encontré en situación de juzgar por mi cuenta, cuando mi padre creyó llegado el momento de darme lecciones de música. No me cabe la menor duda, ahora que miro hacia el pasado y recuerdo los esfuerzos de mi buen padre para iniciarme en el arte del solfeo, que para él tenía todo aquello mucha importancia, y yo lamentó tener que confesar que me lo tomaba con absoluta indiferencia. De la indiferencia pasé a la indignación, y cuando estaba tomando medidas para informar a mi padre y profesor de que no quería ser músico, ocurrió un incidente que aun cuando pareció trastornar a mi familia, a mí me encantó, porque se acabaron las clases musicales sin ser yo quien diera fin a ellas.

## DE NUEVO HACIA EUROPA

Casi precipitadamente, embarcamos de nuevo para Europa y nos instalamos en Alemania, donde mi padre había encontrado un empleo que se ajustaba a sus conocimientos. Sus ocupaciones no le permitían entretenerse conmigo y me mandaron a un colegio, donde al principio no podía tener amigos porque no nos entendíamos. Pero como la infancia pronto vence las dificultades que crea la diferencia de idiomas, no tardé mucho en comprender a los pequeños alemanes y pronto supe seguirles en sus conversaciones y travesuras. Mi estancia en aquel colegio fué feliz. Nadie se preocupó de hacerme estudiar música; en cambio aprendí matemáticas y adquirí una afición grande a la literatura, que más tarde me ha sido muy útil en mi carrera teatral.

Tendría yo once años cuando se empezó a hablar de regresar a América, y no tardamos mucho en encontrarnos de nuevo a Nashville y de allí pasamos a Toronto, en el Canadá, donde mi padre fué nombrado profesor de música del Conservatorio Nacional.

Pasaron algunos años, seguí estudiando y llegó un momento en que se habló de que era hora de empezar a trabajar. No me disgustó la idea de abandonar el colegio. Yo opinaba que sabía ya demasiadas cosas, muchas de las cuales creía eran perfectamente inútiles; asignaturas de aquellas que figuran en todos los programas escolares con el solo objeto de apurar la paciencia de los alumnos. Algunas veces pensé en que si algún día llegaba a ocupar el sitio de patria o detentar el ministerio de Educación Nacional, introduciría unas cuantas reformas en el plan escolar, que sin duda merecerían la aprobación de las futuras generaciones y culminarían con un monumento a su autor. Incluso pensaba en que aparecería en el monumento montado a caballo; pero un amigo mío, a quien expliqué algo de mi plan, me aseguró que no aparecería a caballo, estaba seguro de que me pondrían con toga y birrete. Esto me desanimó de



tal manera que desistí de introducir las reformas ideadas y que las generaciones que a mí siguieran se fastidiaran con análisis matemáticos, geometrías y toda la demás ciencia que se empeñan en hacernos estudiar.

Dejé, pues, el colegio, sin sentir un gran pesar, y encontré empleo en una farmacia, donde, para el bien de la Humanidad, no preparaba fórmulas, pero sí iba a repartirlas entre la clientela. Este empleo no era de mi agrado. Estuve allí algún tiempo para demostrar que sabía cumplir, mientras pensaba en buscar un trabajo que me permitiera abandonar mi casa. Tenía ansias de saber cómo era el mundo. Mis viajes habían sido simples excursiones panorámicas, atado a las faldas de mi madre, y yo ahora ansiaba algo más. Comunicué estas intenciones a mis padres y fueron recibidas con el revuelo que es de suponer. A pesar de todo, pocas semanas más tarde salía de mi casa para emplearme en la hacienda de un rico hacendado, a bastantes millas de mi hogar. Tenía que trabajar de sol a sol y en pago me mantenía y daba diez dólares al mes. Esta clase de trabajo no era para un muchacho como yo y una tarde en que, rendido de fatiga, me puse a dormir junto a un pajar, me encontró el amo y me dió la cuenta. El dinero que me entregó no cubría los gastos del viaje y lo emprendí a pie, si bien no me dirigí a mi casa. Me avergonzaba regresar fracasado, después de haber insistido tanto en marcharme. En el primer cuartel que me vino al paso, y fué el del cuerpo de «Highlanders», me alisté como voluntario. Dije que tenía dieciocho años y apenas había cumplido los dieciséis. Tuve que dar la dirección de mis padres y entonces se averiguó mi verdadera edad, y con toda la cortesía, los militares me mandaron a mi casa, donde nuevamente tuve que sujetarme al yugo paternal.

Dos años después, mi familia se trasladaba a Lincoln, Estado de Nebraska, donde mi padre obtuvo la plaza de maestro de música, y yo aproveché este traslado para incorporarme al ejército norteamericano, siendo esta vez aceptado sin obstáculo alguno. Pasé por distintas poblaciones durante mi permanencia en filas y expiró el plazo que debía

servir, encontrándome en Chicago cuando me licenciaron.

Empezaba a estar algo preocupado ya con tan distintas ocupaciones como había tenido y temía que nunca llegaría el momento de obtener algo definitivo. Mientras esto pensaba, poco sospechaba que aun tardaría algunos años en dar los primeros pasos en la carrera que el destino me tenía preparada. Estuve algún tiempo en Chicago, pensando dedicarme a la literatura con el afán de llegar a ser un buen escritor. Deseaba hacer algo importante, que es hablara de mí y de mi obra. No encontré salida en las letras y acepté el empleo de vendedor de pianos antes de decidirme a pasar hambre. Pronto comprendí que no tenía alma de comerciante y abandoné los pianos, ingresando en la compañía del gas. Tampoco era hombre de oficina. ¿Para que sirvo yo?—me preguntaba repetidamente. Se me ofreció una plaza de corredor de género de punto. Tampoco tuve éxito y lo peor del caso era que con tantos ensayos nunca lograba reunir diez dólares en el bolsillo. Podía haber acudido a mi familia, pero me lo impedía el orgullo y antes que solicitar la ayuda de mis padres preferí hacer de ascensorista y vender enciclopedias.

No me preocupaba mi porvenir, pero sentía mi fracaso a causa del gran interés que había tenido para marchar de casa prescindiendo de los consejos de los míos. En mis andanzas como vendedor de enciclopedias encontré un comprador muy amable, con quien simpaticé. Era el actor William Owen, ya retirado entonces, pero siempre metido en asuntos de teatro. Al enterarme de quién se trataba, le expuse mi situación y le pedí consejo. ¿Podría yo hacer algo en la escena? Por complacerme, más que por creerlo de veras, me dijo que sí y que me presentaría a un grupo de inteligentes aficionados, que podrían ayudarme. La corriente de simpatía que se había iniciado entre Owen y yo aumentaba de día en día, al extremo que me adoptó como hijo, introduciéndome en un círculo de actores, literatos e intelectuales que parecía habían de hacerme debutar en pocas semanas. No obstante los excelentes deseos de todos mis



amigos, tuve que ocuparme en otras actividades antes de pisar las tablas.

Mis amigos literatos se enteraron que había una vacante en la redacción de un rotativo de Chicago y me la ofrecieron. El periodismo me interesaba y pensé que tal vez en él encontraría yo mi verdadero oficio. Colaboraba con Ben Hecht, brillante escritor del «Chicago Daily News»; Sam Putman y Floyd Dell, dos editores muy célebres.

El entusiasmo que despegué en mis primeros días de periodismo era objeto de admiración por parte de mis compañeros, gatos viejos en el oficio, que publicaban reportajes interesantísimos y, no obstante, observaba que se movían menos que yo. Todos los oficios tienen sus secretos, pero yo no había descubierto todavía cuáles eran los del periodismo. Mi buena fe conmovió a uno de mis compañeros y éste se cuidó de instruirme. ¡Te recuerdo muy bien, querido Richard, me hiciste un favor al parecer, pero tú fuiste culpable de mi fracaso! La cosa fué así:

—Eres un incauto, querido Melvyn—me dijo un día Richard—. Nosotros, los periodistas, no nos levantamos nunca a las siete de la mañana en busca de noticias para hacer un reportaje sensacional.

—Pues, ¿cómo lo hacéis?—pregunté intrigado.

—De la siguiente manera. Tú haces la información policíaca, ¿no?

—Sí.

—Pues la cosa es sencillísima. Te haces amigo del oficial del Juzgado de guardia, cosa muy sencilla: un cigarro y un poco de charla, le das tu número de teléfono, le prometes hacer salir su nombre en el primer reportaje que sea oportuno, y este buen hombre te informará por teléfono siempre que haya alguna noticia sensacional.

La idea me pareció tan estupenda, que la puse en práctica aquella misma tarde. El oficial de guardia ya me conocía y no fué difícil concertar el arreglo. Efectivamente, a primera hora de la mañana, si había ocurrido algo digno de mención, se me avisaba por teléfono la novedad y yo, a mi vez, la transmitía al periódico por el mismo conducto,

efectuado lo cual, y sin haberme movido del lecho, me dormía de nuevo plácidamente. ¿Cuánto tiempo duró esto? No lo puedo precisar, pero la Providencia, cuyo palo cae tarde o temprano sobre todo embustero, hizo que, precisamente, una noche en que mi amigo el oficial de guardia se puso enfermo, ocurrió uno de aquellos sucesos que hacen indispensable una buena información a primera hora de la madrugada, y nadie me avisó. Sería mediodía cuando aparecí en la redacción. La sonrisa enigmática del director no me alarmó. Durante mi actuación como reportero le había facilitado la sensacional noticia del asesinato de toda una familia por parte del padre, el descubrimiento del cadáver de un individuo de la alta sociedad, que fué hallado en el fondo del río, ausente de su hogar hacía dos meses, y finalmente, los emocionantes sucesos policíacos, información que me había valido muchas felicitaciones.

—Es usted el mejor reporter que tenemos, amigo Melvyn, pero ha dejado usted de ser útil al periódico—dijo el director.

—No... no comprendo.

—Usted ha seguido el sistema de todos, informarse por teléfono, y como a todos, le ha ocurrido que el día en que hay una información interesante, han dejado de informarle. ¿No se ha enterado todavía del doble crimen de la calle ochenta y dos?

Hubiese querido que la tierra me tragase. ¿Era posible que mi amigo me hubiese fallado en un día de información interesante? Desgraciadamente había fallado y yo estaba de patitas en la calle. No tenía más remedio que resignarme. Había fracasado en todos los empleos, nada tenía de extraño que fracasara también en el periodismo.

### POR FIN, A LAS TABLAS

La forma en que me despidió el director tal vez me humilló más que el despido en sí. En vano me decían mis amigos que también ellos se habían encontrado con semejantes



tropiezos, pero esto no me satisfacía. Sentía tanta vergüenza que recurrí a mi viejo amigo Owen para suplicarle que me proporcionase trabajo en el teatro, fuese como fuese. Mi experiencia teatral databa de los días escolares, aun cuando mi afición era de toda la vida. El bueno de Owen, deseoso de complacerme, reunió una compañía teatral para la presentación de obras clásicas y tuve la satisfacción de debutar con el papel de Bassanio en «El Mercader de Venecia», de Shakespeare.

Mientras mi nombre no representaba nada, pude usar el de Melvyn Hesselberg tranquilamente, pero al formar parte de una compañía de teatro, a los empresarios les pareció que mi apellido, sobre ser de difícil pronunciación, era terriblemente largo. Era indispensable variarlo. Transigían con Melvyn, pero Hesselberg era inadmisibles en los programas y carteles. Lo lamenté por mi padre, pero no debía ser esto obstáculo a mi carrera artística. ¡Cambiar de apellido! ¡Adoptar uno nuevo! ¿Cuál?

Pasé un buen rato meditando y el recuerdo de mi padre me llevó a los lejanos días de mi infancia, durante las largas veladas de invierno, pasadas al amor del hogar escuchando las escalofriantes historias de los famosos bandoleros capitaneados por Black Douglas, bandoleros de alcurnia que, a pesar de su oficio, tenían el alma grande y un recto corazón. Mi fantasía juvenil volaba en alas de la quimera y el nombre de Douglas había quedado grabado en mi memoria. No vacilé ni un instante. Me llamaría Melvyn Douglas.

La compañía teatral que, bien puedo decir, Owen fundó para mí, recorrió todo el Oeste hasta que el director se puso enfermo y entonces, como yo ya contaba con muchos amigos entre la gente de teatro, John Killeard, otro empresario, me acogió bajo su protección y me dió varios papeles importantes en su conjunto artístico, que en aquella época era de los más importantes. Recuerdo muy bien a la gentil Gale Sondergaard, que figuraba en la compañía y no sospechaba ella que un día le concederían un premio de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood

por su excelente trabajo en la pantalla. Con la compañía de Kellard recorrí todo el país de costa a costa, y cuando la suerte nos abandonó, las condiciones financieras pésimas, llegamos a Toronto, donde se disolvió el conjunto.

Mi experiencia teatral me permitió fundar una escuela de arte dramático con objeto de reunir algún dinero. Cuando tuve reunidos algunos dólares, clausuré la escuela y regresé a Chicago. Allí encontré a Gale Sondergaard, quien con un espíritu artístico y comercial envidiable, había montado un teatrillo en el cual ingresé inmediatamente de primer actor. La empresa era sin pretensiones, pues los actores, al mismo tiempo que actuábamos, pintábamos las decoraciones, nos cuidábamos del guardarropa, dirigíamos las escenas y escribíamos las obras. Era teatro en pequeña escala lo que hacíamos, pero fué una buena experiencia para mí. No tenía prisa ni deseos de cambiar de situación, porque me ganaba la vida y estaba seguro de que se me presentaría alguna ocasión sin necesidad de salir a buscarla.

La compañía teatral Chautauquá me ofreció un puesto entre su elenco y con ellos recorrí Evansville, Columbus y Madison. Durante este recorrido interpreté toda clase de papeles, desde los más serios a los más cómicos. Si se ha de dar crédito a los aplausos del público, yo era un gran actor, pero sin falsa modestia he de decir que el público es excesivamente amable con nosotros y a veces nos aplaude por pura cortesía.

En Wisconsin realicé el sueño dorado de tener compañía propia. Ralph Bellamy, hoy famoso actor, debutó en mi compañía, y Oscar O'Shea, quien más tarde fué uno de los mejores actores de Broadway y que ahora también trabaja en el cine, era nuestro director de escena. Creo que mi compañía fué un éxito, porque al terminar la temporada me encontré con dos mil dólares en el bolsillo y un brillante porvenir.



## EUROPA Y UNA BODA EQUIVOCADA

Los viajes llevados a cabo durante mi infancia habían despertado en mí tal ansia de viajar, que al encontrarme con dinero disponible, no pude contener la tentación de salir hacia Europa para admirar de hombre lo que solamente había vislumbrado de niño. No fué solamente un viaje de recreo el que realicé por el Viejo Continente, ya que aproveché la excursión para visitar los mejores teatros de Francia, Alemania e Inglaterra, aprendiendo algo de cada país sobre la forma de presentar los espectáculos y la actuación de los actores. Realicé varias excursiones en bicicleta, forma excelente para darse perfecta cuenta del paisaje. Cuando regresé a Nueva York, el saldo en mi cartera no rebasaba los setenta dólares.

Se aproximaba el otoño y con él la apertura de los teatros. Antes de este acontecimiento me interesaba otro de carácter más íntimo y cuya realización había yo deseado desde que en Chicago conocí a cierta joven. Sin pensarlo más, me dirigí a Chicago, donde encontré a la que en mi imaginación había sido mi novia desde el día en que la había conocido. Nos casamos y creí haber hallado la felicidad. No fué así y al año nos separamos. Este fracaso coincidió con los reveses económicos de mi padre y cayó sobre mí la responsabilidad de tener que contribuir al mantenimiento de mis padres y hermano menor. El aumento de gasto que esto representaba me impulsó a dirigirme a Broadway, donde me enteré de que Jessie Bonstelle estaba reuniendo elementos para formar una nueva compañía en Boston. Sin perder tiempo cogí el primer tren para dicha ciudad y me presenté a la eximia actriz, de cuya oficina salí con un contrato. Fué una de las veces que más suerte tuve, ya que permanecí dos años con aquella compañía y durante este tiempo trabajé con actrices tan célebres como Katherine Alexander, Ann Harding y Catherine Cornell.

Después de esta experiencia me sentí con ánimos para formar compañía propia para debutar en Broadway. La

Bonstelle me presentó al famoso William A. Brady, el gran hombre de teatro, quien me dió todas las facilidades que se pueden dar a un actor ambicioso. Durante este período tuve oportunidad de encarnar el papel de Ace Wilfong en la obra «Alma libre», la cual, más tarde, se pasó a la pantalla, siendo Clark Gable quien desempeñó el papel de Ace Wilfong. La heroína, en el teatro, era Kay Johnson; en la pantalla Norma Shearer, y el padre, que en el teatro fué Lester Loring, le valió a Lionel Barrymore el premio de la Academia por su brillante labor en el lienzo de plata.

Durante la representación de la citada obra ocurrió un incidente que no he olvidado jamás. Loring se puso enfermo y Brady no tuvo más remedio que sustituirle. Brady era un actor nato, pero hacía algún tiempo que sólo se dedicaba a dirigir y esto hizo que a la mitad del papel se quedara parado por haber olvidado el diálogo. Inmediatamente me di cuenta de lo que pasaba, y con aquella serenidad que debe tener todo actor, improvisé cuatro tonterías de cara al público para dar tiempo a Brady de acercarse al apuntador y poder continuar. Cuando bajó el telón Brady corrió a felicitarme, y sentí que a partir de aquel momento aquel hombre sería mi mejor amigo.

Recorrí varias ciudades importantes representando la pieza teatral «Mandamiento de amar», encarnando el mismo papel que Basil Rothbone interpretaba en Broadway. Regresé a Nueva York y obtuve muchos éxitos con las obras «La cuerda de plata», con Laura Hope Crews; «Celos», con Fay Bainter, y «Captura». Mi nombre ya empezaba a ser conocido y David Belasco, el gran empresario, me contrató.

Como todo productor, David Belasco tenía su artista predilecta, y la de este empresario-productor, era Helen Cahagan. Cuando yo entré en tratos con Belasco, la Cahagan acababa de regresar de Europa y le tenía preparada la obra «Hoy o nunca», con la que se contaba tener un gran éxito.

¿Qué he de decir de Helen Cahagan? En aquellos momentos, su actitud me pareció detestable. Su orgullo de primera actriz la hacía intolerable y yo temía que ella sería



la causante de mi fracaso. Todavía no había leído la obra, que ya aseguraba que no había ningún actor capaz de desempeñar el papel de galán. Mal augurio para mí, pues sabía que Belasco me tenía destinado el papel. Pasé horas muy amargas esperando que la estrella diera su conformidad a la obra. Tardó bastante en dar señales de vida. Belasco la llamó al teléfono varias veces.

—He llegado rendida de Europa y usted quiere que me ponga a estudiar en seguida—decía Helen.

—No es eso, señorita Cahagan, pero se trata de que he de reunir el reparto y no puedo perder tanto tiempo—instituía Belasco.

—Ya sabe usted aquello de que «mi tiempo vale tanto como el vuestro»; cuando haya terminado de leer la obra ya le avisaré.

Era muy difícil hacer variar de opinión a Helen, y tuvimos que esperar varios días antes no se dignó pasar por el estudio del empresario.

—Me ratifico en lo que dije, Belasco—dijo Helen al devolverle la obra—. Me gusta, es interesante y la interpretaré con verdadero deleite; pero ¿dónde está el galán? No hay ningún actor en Nueva York que pueda salir adelante con el trabajo que el autor asigna al héroe.

Belasco se limtió a enseñarle una fotografía mía.

—¡Este tipo! ¿Quién le conoce? Imposible, Belasco, salta a la vista que es un cómico de la legua, ni pensarlo. Yo no arriesgo mi carrera artística al lado de un don nadie.

Había llegado el momento en que el empresario impusiese su autoridad, y, conocedor del talante de Helen, se limitó a decirle que era él quien elegía los artistas que debían interpretar sus obras. Tal vez hubiera sido oportuno decirle que yo ya estaba contratado, pero Belasco, más conocedor que yo de su personal artístico, llevó la conversación hacia otros derroteros y terminó invitándola a cenar. También yo estaba invitado a cenar con ellos. La intención del empresario era que nos conociéramos antes de empezar los ensayos. Por mi parte no había inconveniente alguno, pues yo deseaba debutar en Broadway fuese con quien fue-

nsistiendo en lo humorista de buen tono, se le ve con Joel McCrea después de haber corrido una juerga, en la película **Demasiados maridos.**

(Foto M. G. M.)

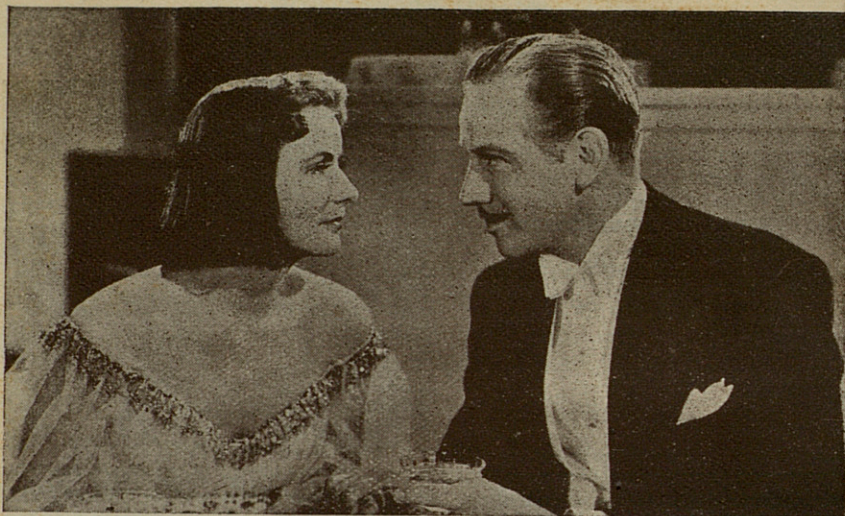


Insistiendo en lo cómico, donde parece ha hallado su ambiente, Melvyn Douglas divierte al público en

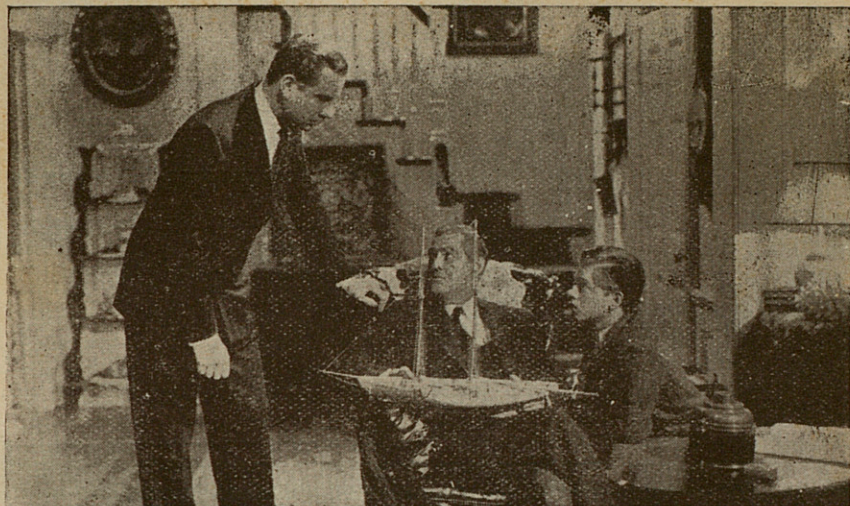
**Los pecados de Teodora.**

(Foto Columbia)

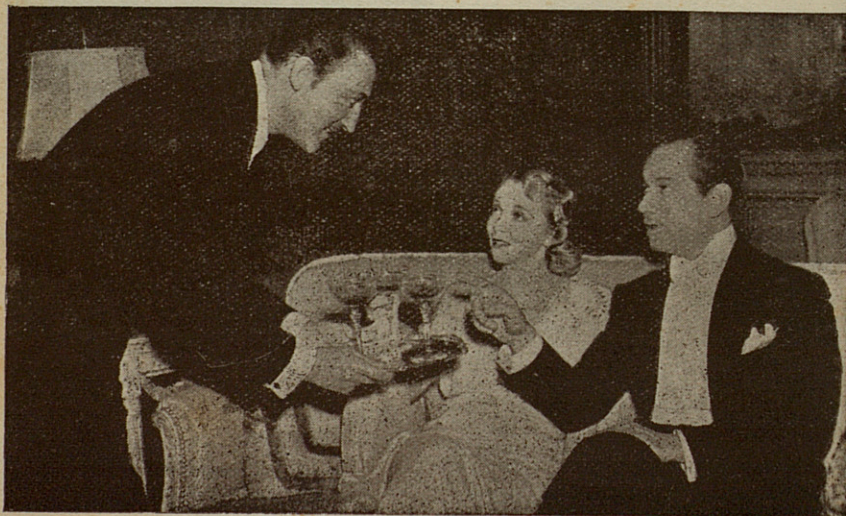




En **Ninotchka**, Melvyn Douglas es, tal vez, donde ha conseguido uno de sus más señalados éxitos, disputando el triunfo a la propia Greta Garbo.



Un papel discreto y sobrio le fué reservado en **Capitanes intrépidos**, donde se codea con Lionel Barrimore, Spencer Tracy y el precoz Freddie Bartholomew



Sentado junto a Virginia Bruce, desafía a Warren William en **La vuelta de Arsenio Lupin**.  
(Fotos M. G. M.)



Una película de época, basada en los amores de un presidente americano, ofreció a Melvyn Douglas nueva ocasión para lucirse. (Fotos M. G. M.)





En la nueva producción **Yo soy su marido**, Melvyn Douglas realiza una creación cómica que nada tiene que envidiar a las de William Powel, según opinión de Myrna Loy.  
(Foto M. G. M.)



No está en su finca criando cerditos, aunque como granjero aristócrata se le ve en **La vuelta de Arsenio Lupin**. (Foto M. G. M.)

se. Todavía no estaba yo en situación de poder elegir dama, como la Cahagan estaba en la de elegir galán.

Mientras me vestía para la famosa cena, y he de confesar que me acicalé tanto como pude, ni por un momento me pasó por la imaginación que pudiera tener para mí las consecuencias que tuvo.

Belasco nos presentó. Le dijo que yo era un actor de quien se esperaba mucho. Helen me miró con simpatía desde el primer momento. Hablamos mucho, coincidimos en muchas cosas y en otras disentimos. No pude menos de darme cuenta de que la había interesado. Al empresario no le pasó desapercibido el interés de la actriz por mí y aprovechó la coyuntura para decirle que yo estaba contratado para ser su galán en la nueva obra. He de confesar que yo estaba temblando. ¿Le daría una de aquellas crisis que acostumbran a sufrir las grandes artistas cuando se las contraría? ¿Se levantaría de la mesa y nos dejaría allí plantados? Todos mis temores se disiparon rápidamente. Helen sonrió complacida e insistió en retirar las palabras que había proferido ante Belasco al ver mi fotografía. Allanadas todas las dificultades en esta forma, empezaron los ensayos y llegué por fin a pisar las tablas de Broadway procurando interpretar mi papel lo mejor que supe. Hasta mí llegaron rumores de que lo hacía muy bien, pero ustedes comprenderán que yo, al hacerles esta breve explicación de mi carrera artística, no puedo estar dándome jabón. Ahora, ya conocido por mi trabajo en películas, dejo al simpático lector que juzgue mi trabajo y haga los elogios o censuras que crea pertinentes.

Llego ya a un punto interesante, a lo menos para mí, de mi sencilla historia. Continué al lado de Helen durante muchos días interpretando la obra «Hoy o nunca», en la que a diario compartíamos los más efusivos elogios y entusiasmas aplausos del público. El interés que la actriz había sentido por mí desde la noche en que fuimos presentados, iba en aumento. También yo me sentía atraído hacia ella, independientemente de la obra teatral, de los aplausos y del resultado económico que pudiera reportarme el éxito. Llegó



un momento en que las tablas de Broadway eran para mí la balanza desde la cual me lanzaría a la felicidad. Poco me preocupaba entonces el triunfo; por otra parte, me sentía tan seguro de mí mismo, que sólo podía fallarme, si me fallaba ella, Helen, la mujer que yo amaba locamente.

No me atrevía a hablarle de lo que llenaba mi corazón; pero los enamorados hablan con los ojos, y aunque yo no me había declarado, ni creo haber hecho la menor insinuación (al menos a mí me parece que no lo había hecho), hice saber a Helen que el cinco de abril era mi cumpleaños.

—¿Piensas regalarme algo el día de mi cumpleaños, Helen?

¡Me parece estar oyéndola todavía!

—¿Tu cumpleaños, el día cinco? Faltan veinte días... ¿Qué te parece si nos casáramos?—dijo Helen con adorable ingenuidad.

No tuvo que repetirlo. Le cogí la palabra y nos casamos en aquel feliz cinco de abril.

### LOS OJOS DE HOLLYWOOD

Continuamos las representaciones en Broadway con «Hoy o nunca», y se me dijo que Hollywood se había dado cuenta de que yo existía. Me halagó la noticia, pero no la tomé en serio. Por otra parte, yo no había pensado nunca en la pantalla. Mi gran afición era el teatro, estaba triunfando en el escenario más ambicionado del mundo y poco me importaba Hollywood. Claro está que las deserciones de la escena hacia los estudios cinematográficos eran cada día más numerosas, y esto me había hecho meditar alguna vez, aun cuando yo no hubiese dado ni un sólo paso para acortar el camino que media de Nueva York a Hollywood.

El éxito de «Hoy o nunca» continuaba en tal forma, que Samuel Goldwyn, uno de los productores más lúcidos de América, tuvo la gran idea de llevar aquel drama a la pantalla y consideró que yo debía ser también el protagonista

en la versión cinematográfica, habiéndose elegido a Gloria Swanson para el papel de dama.

No quise tomar en serio la oferta por cuanto no habíamos realizado nuestro viaje de bodas, y después de haber actuado tantos meses consecutivos en Broadway, entendía que tanto mi esposa como yo necesitábamos un descanso.

Marchamos a Europa, donde visitamos las ciudades más importantes, recorrimos museos, viejos jardines florentinos, la no menos romántica ciudad de Venecia, pues desde muy jovencito había pensado en pasar por debajo del Puente de los Suspiros en mi viaje de luna de miel y conseguí realizar este deseo. Todo lo bueno acaba y llegó el momento en que debíamos regresar a América para reanudar nuestro trabajo.

Estábamos a principios de 1931 cuando emprendimos el viaje de regreso. El cine sonoro era ya un hecho definitivo y cada día se introducían más perfeccionamientos. Esto quiere decir que cada película era un experimento y todavía directores, actores, técnicos y todo Hollywood sufría la gran desorganización que trajo consigo el advenimiento del cine hablado. Éste había roto todos los moldes y era grande la labor a realizar. Era precisamente esta interinidad lo que me hacía vacilar en aceptar el contrato de Samuel Goldwyn; pero fué tanta su insistencia que sin entusiasmo alguno emprendí, acompañado de mi esposa, la ruta de Hollywood.

Se ha hablado tanto del clima de California, que todo el que acude por primera vez a Hollywood espera que el sol será el primero en darle la bienvenida. ¿Quién es el que se dirige a la Meca de la Cinematografía sin las consabidas gafas protectoras contra el sol? En cambio nadie piensa en adquirir un paraguas. El destino quiso que fuese una lluvia torrencial la que saliera a recibirnos a nuestra llegada a Hollywood, y he de confesar que me causó una impresión muy deprimente. Consideré aquella ciudad el lugar más triste del mundo.

A pesar de que había ido a Hollywood para filmar y que casi ya estaba medio comprometido con Samuel Goldwyn, me resistía a firmar el contrato. Hice constar que yo no es-



taba familiarizado con la técnica cinematográfica y que temía fracasar. No quería emprender una nueva actividad en la que podía fracasar, cundo yo tenía el triunfo asegurado en el teatro. Toda mi resistencia fué inútil, me contuvieron y se empezó el rodaje de «Hoy o nunca», bajo los mejores auspicios.

Gloria Swanson, dama que había trabajado en muchas producciones de Cecil B. de Mille, conocía perfectamente todos los trucos de la cinematografía muda, pero carecía de conocimientos teatrales y, a pesar de que ella estaba interpretando, tal vez, su vigésima película, cuando se trataba de diálogo, yo llevaba la ventaja. Mujer inteligente y muy artista, pronto se puso al corriente, y he de hacer constar que fué una gran colaboradora.

Había logrado interesarme la cinematografía cuando terminamos aquella mi primera producción, y antes de que se supiera el resultado de mi primer film ya me había comprometido a impresionar varios más.

No sé si estaba bien o mal. No soy yo quien debe decirlo; lo que sí sé es que terminada «Hoy o nunca», sin apenas descansar empecé a trabajar en «Prestigio», con Ann Harding. He de observar que se me aparejaba siempre con damas de categoría y creo que esto me ayudó muchísimo. Las estrellas femeninas tienen brillo propio, pero como el público cinematográfico lo forman en su mayoría las mujeres, éstas exigen que junto a la estrella aparezca un galán de categoría. Se me consideraría a mí de éstos (aunque peque de immodesto al hacer esta declaración), pues en mi segunda película, como ya he dicho, me aparejaron con Ann Harding, que también tuvo su día. Cada día veía alejarse más el retorno a las tablas y Broadway. Un contrato sucedía a otro y pronto empecé a trabajar en «El sexto sabio», con Claudette Colbert, artista que todavía hoy se conserva en primera línea. Ya figuraba otra película en mi lista, antes de terminar la que acabo de citar. Se trataba de «Alas rotas», con la famosa Lupe Vélez, que en aquellos momentos estaba haciendo furor, y como acontecimiento de gran trascendencia llegó hasta mí la noticia de que Greta Garbo me había

visto en «Hoy o nunca» y quería que yo fuese su galán en la película «Como tú me deseas», entonces en preparación.

Pecaría de poco sincero si dijera que esta noticia no me impresionó; muy al contrario. Desde el momento en que se me dijo que tendría que trabajar con la Garbo, tan célebre entonces como hoy, sentí tanta nerviosidad que no atinaba en nada. Me halagaba la idea de haber sido solicitado por ella y por otra parte las leyendas que corrían acerca de esta gran actriz, me causaron cierto pánico. El indudable éxito que yo había obtenido en Hollywood me asustaba. Las carreras cinematográficas son rápidas y los fracasos también ocurren con la misma rapidez. Sabía yo el resultado de mis producciones y la que me esperaba con Greta Garbo tenía que ser otro triunfo, no por mí, sino por ella, aun cuando algo de su gloria me alcanzaría. ¿Estaba yo destinado a quedarme para siempre en Hollywood? Me atraían todavía las candilejas y pensaba que tal vez una retirada estratégica hubiese dado buen resultado. Pero la idea de filmar una película con Greta Garbo me interesaba muchísimo y aplacé toda decisión hasta haber terminado «Como tú me deseas».

Llegó el éxito que se había esperado y también la oportunidad de retirarme. Me dirigí a Samuel Goldwyn y le dije:

—Ya he trabajado bastante en Hollywood y éste no es mi ambiente. He pensado dar la vuelta al mundo con mi mujer con lo que he ganado en las películas, y cuando regrese ya veremos.

He de reconocer que Samuel Goldwyn es un hombre muy inteligente y que sabía mucho mejor que yo mismo lo que me convenía. No se opuso a mi proposición. Creía él que yo necesitaba orientarme y sin duda tenía razón, pero en aquel momento me imaginé que abandonaba la cinematografía para siempre.

Era indudable que había tenido varios éxitos y que había ganado mucho dinero, pero yo no sentía por el séptimo arte la fascinación que muchos sienten. Mi primera afición había sido el teatro y al abandonarlo siempre me imaginé que estaba faltando, que traicionaba mi vocación. Así, pues, al



despegar el avión en que salimos de Hollywood mi mujer y yo, me sentí liberado.

Sin ninguna preocupación por el momento, emprendimos un crucero alrededor del mundo, viaje por el cual siempre había tenido gran ilusión, visitando los interesantes puertos de la India, pasamos el Mar Rojo, Egipto, recorrimos la pintoresca costa africana, cuadro deslumbrante de color; Portugal, con sus bellas playas; Inglaterra, donde pasamos una larga temporada, y regresamos a los Estados Unidos, donde poco tiempo después nació mi primer hijo, Peter Cahagan Douglas. Tiempos felices aquéllos, llenos de esperanza, con el nuevo ser que el día de mañana reclamaría su sitio en la vida, el cual estaba en nosotros el preparárselo. Mis vacaciones ya habían sido bastante prolongadas y decidí darlas por terminadas.

### NUEVA YORK

Sin tener para nada en cuenta Hollywood, me dirigí a Nueva York, donde se me ofreció en seguida el papel del joven dilapidador en la obra «No más mujeres» (realizada más tarde en película). Al mismo tiempo dirigía a mi esposa en la obra «Moor Born», de las hermanas Bronte. Trabajé en Broadway toda la temporada y cerca del final recibí aviso de Hollywood para que fuese allí durante el verano para filmar «Un ángulo peligroso», con Virginia Bruce. No desdeñé la oferta y durante el verano estuve así ocupado; pero al aproximarse el otoño regresé a Nueva York, donde dirigí «Entre rejas» y «Madre Lode». En esta última trabajábamos mi mujer y yo.

Si alguien hubiese dicho que yo no estaba definitivamente destinado al teatro, me hubiese echado a reír. Tan convencido estaba yo de ello, que me permití el lujo de ir a pasar una temporadita en Hollywood, sólo para visitar a los buenos amigos que allí tenía. Mi presencia se juzgó inte-

resada y se me ofreció un contrato para actuar junto a Claudette Colbert en «Se casó con su jefe». No sé exactamente lo que ocurrió con esta película, pero sí recuerdo que al día siguiente de su estreno se me presentaron tantas ofertas que no sabía cuál aceptar. Esta vez Hollywood me había vencido.

Interpreté el papel de galán en «Annie Oakley», con Bárbara Stanwyck, hoy esposa de Robert Taylor. Siguió «La fugitiva», con Sylvia Sidney, y fui el protagonista de «El lobo solitario»; y en lugar de despedirme de Hollywood, me encontré despidiéndome de Broadway con «Tapicería gris», obra teatral que duró algunos meses en cartel.

Esto fué mi adiós al simpático Broadway, cuando yo creí siempre que aquello era mi destino. No soy yo el único actor de teatro que el cine sonoro ha reclamado para sí, y se comprende en parte que así sea. Todo artista que no tenga el temperamento bohemio, cosa que cada día se ve menos, tiene en la cinematografía la ventaja que puede llevar vida de hogar. El estudio cinematográfico no ocupa todos los días, es verdad que nos obliga a madrugar, pero nos permite vivir en nuestra propia casa y no hemos de deambular por el mundo, seguidos de un enorme equipaje, sentando la tienda hoy aquí, mañana allí y a veces permaneciendo dos días en un sitio donde pensábamos permanecer dos meses. Las películas, algunas veces también se nos llevan lejos de casa, pero esto no es corriente. Hoy los estudios están tan bien dotados, que parece mentira la cantidad de países, climas, industrias, universidades, campos de deportes, etc., que llegan a realizarse dentro del radio del estudio. Si no se trata de un ambiente que realmente sea imposible reproducir, los artistas no salimos del estudio. Esto tiene enormes ventajas, ventajas que el actor de teatro desconoce. El actor de teatro no puede dedicarse a ninguna otra actividad. Su trabajo en las tablas le absorbe todo el tiempo. Ensayos por la mañana y representación tarde y noche, cuando no hay, además, ensayo, después de la función. Esto hace que no tenga un momento libre, mientras que el artista de cine, como que en los estudios se trabaja sólo de día, tiene,



como si dijéramos, horas de oficina. Se empieza a trabajar a las nueve de la mañana y a las cinco de la tarde está libre. Hay muchos compañeros míos de los estudios que tienen otros negocios, y citaré el de la joven actriz Judy Garland, que posee una de las más acreditadas tiendas de flores de Hollywood. Difícilmente podría atender su negocio si trabajara en el teatro y tuviera que pasar tres meses en Washington, dos en Boston, uno en Tejas y cuatro en Filadelfia. Para el actor que ama la paz del hogar, el cinematógrafo es el trabajo ideal. Tampoco el trabajo en los estudios obliga a uno a tener que soportar compañías desagradables, pues, terminado el trabajo, cada uno a su casa y se acabó.

Poco a poco me fui dando cuenta de todas las ventajas que me ofrecía actuar en películas, aparte de la gloria y los beneficios que me reportaba, mucho más importantes que en la escena, y sin lamentarlo mucho, me di cuenta de que ya pertenecía a Hollywood.

### EL RASO DEFINITIVO

Aceptada como buena mi labor en los estudios, no quise ya luchar más con un destino que, a decir verdad, desde el primer día me había abierto los brazos, siendo yo el rebelde que no quería admitir la gloria que me brindaba. Me instalé definitivamente en Hollywood y tuve más ofertas de las que podía atender. He de reconocer, con satisfacción, pero sin orgullo por mi parte, que en cada película, observaba yo que ganaba terreno entre el público. No citaré la obra ni la dama, pero hubo un film en que sólo se habló de mi trabajo. Ocurrió lo que en el lenguaje de los estudios se llama «robar la película». Cuando se prepara una producción, se concede el primer papel, que es el primero precisamente por su importancia, a la estrella. El galán tiene su papel, pero toda la atención la absorbe la dama; mas ha ocurrido muchas veces que el galán, olvidándose de sí mismo, porque ya sabe

que la gloria se la llevará toda la buena señora, que le obliga a hacer mil papeles ridículos para demostrarle su amor, trabaja con tanta buena fe y sin afectación alguna, que al verse la película resulta mucho más interesante el que debió ocupar el segundo lugar que la estrella. Esto es un caso de «robo» y no sólo ocurre entre el galán y la dama. En una película de Maurice Chevalier fué el Bebé Leroy quien robó la película al famoso canzonetista francés.

También yo he robado alguna película, y lo siento, porque las damas no me lo han perdonado jamás. Pero esto es inevitable. El artista trabaja ante el público y éste tiene sus caprichos y hace y deshace famas con una facilidad pasmosa. Hoy privan en Hollywood los artistas juveniles. Una de las estrellas jóvenes que más gloria ha alcanzado, ha sido Diana Durbin, y ante el éxito por ella obtenido han surgido infinidad de jovencitas invadiéndolo todo. También pasarán las jovencitas y volverán a estar de moda los galanes con las sienes plateadas. ¿Quién no recuerda los exitazos de Adolfo Menjou y Lewis Stone haciendo el amor a las damas en los últimos días del cine mudo? También tuvieron su día los perros, aun cuando estos rivales no me asustan. «Asta», la estrella canina de Hollywood, no ha logrado eclipsar el recuerdo de Rin-Tin-Tin.

Yo estoy ahora disfrutando de mi triunfo, pero no me deslumbro, pasaré de moda como han pasado muchos, pero siempre me quedará el recuerdo de estos días gloriosos. No deja de ser un consuelo el haber sido famoso. Estoy preparado para el descenso; tal vez mejor preparado que no estuve para ascender a la fama.

Quisiera traer a la memoria todas las películas en que he trabajado y no puedo. Esto no es una jactancia, pues al principio, como ya he dicho, no daba importancia a mi trabajo en el cine, y después de haber actuado en él lo olvidaba. Hay algunas, no obstante, cuyo recuerdo no se ha borrado nunca. Ta vez algunos de mis lectores las recuerden todavía. Son «Papá y mamá se casan», «La divina coqueta», «Los pecados de Teodora» y una en la cual no tuve mucho trabajo, si bien me satisfizo enormemente actuar en ella.



Se trata de «Capitanes intrépidos». Sobre ser la película inspirada en la obra de Rudyard Kipling, nos dirigía Víctor Fleming y me constaba tenía la sensación de que estábamos trabajando en una obra maestra. No anduve equivocado en mis presentimientos. Cuando se habla de este film, aficionados y no aficionados admiten que es la mejor epopeya del mar que se ha visto hasta hoy. Tomé parte también en la película «La vuelta de Arsenio Lupín», con Virginia Bruce, quien ya había trabajado conmigo en «Angulo peligroso», y también figuró en este film el gran actor y excelente compañero Warren Williams. Siguieron «Mademoiselle Frou-Frou», «Amigos peligrosos» y «La hora radiante».

Continuando mi buena estrella en la cinematografía, fui solicitado de nuevo para trabajar junto a Greta Garbo en la película «Ninotchka». Esto fué otro motivo de satisfacción para mí, ya que la personalidad de Greta Garbo sigue siendo la más preeminente del mundo cinematográfico.

El primer día que me encontré con Greta Garbo en el estudio mientras se estaban ultimando los detalles para empezar la filmación de «Ninotchka», la genial intérprete de «Margarita Gautier» me recibió como a un viejo amigo. No había ella olvidado que cuando filmamos juntos por primera vez, no se había presentado ninguna dificultad por parte mía, y me aseguró que suponía que ahora ocurriría otro tanto.

Antes de empezar a trabajar en una producción se pasan unos días muy agradables. Nos dan a leer los respectivos papeles y los protagonistas cambiamos impresiones con el director. En este caso era Ernst Lubitsch, hombre que aun cuando no fuera un director genial, bastaría su simpatía y don de gentes para hacerle agradable a todo el mundo. Mi papel estaba completamente opuesto al de la Garbo. Yo tenía que encarnar a un aristócrata francés y ella a una comisaria comunista. No podíamos ayudarnos, pues andábamos por caminos distintos. Lubitsch nos dió todas las instrucciones necesarias e hizo aquellas observaciones tuyas tan personales que sin duda le han servido para llegar donde hoy se encuentra. Es un hombre muy observador y cuan-

do él ha elegido sus primeros actores les explica lo que espera de ellos, y esto facilita el trabajo enormemente. Lubitsch, por decirlo en frases vulgares, lleva de la mano a los artistas y uno se siente tan seguro que el resultado siempre ha de ser bueno.

Cuando terminamos el trabajo en «Ninotchka», Lubitsch me dijo que pronto volvería a trabajar con Greta Garbo. No le hice caso y pensé que lo decía por halagarme.

—Usted no me cree—dijo Lubitsch encendiendo uno de sus monumentales cigarros—; están ustedes convirtiéndose en una pareja ideal. Nosotros, los directores, andamos siempre en busca de las parejas ideales porque es lo que el público desea, y visto el resultado de «Ninotchka», verá usted cómo les aparejamos de nuevo.

—Yo estoy a sus órdenes, director y amigo Ernst, pero creo que se equivoca usted. A la Garbo no le gusta aparejar con el mismo galán. Recuerde lo que ocurría cuando trabajaba con John Gilbert.

—Habla usted de una época casi remota. Hoy se trabaja de otra manera. Ahora el cine habla ya; entonces, todavía andaba en pañales.

Así acabó mi polémica con Lubitsch, era inútil intentar persuadirle.

## UN APARTADO PERSONAL

He de olvidar por un momento mis ocupaciones artísticas y mirar hacia mi hogar. Estamos a finales de 1939 y en el mundo ha prendido otra guerra. En mi casa hay paz y hay esperanza. Sé que de un momento a otro llamará a nuestra puerta un ángel y me traerá un nuevo hijo. Mi mujer y yo estamos preocupados por el nombre que le pondremos. Si es varón... y si es niña. Yo quiero que sea una chiquilla, puesto que ya tenemos a Pedrito. Helen quisiera otro niño. No nos precipitemos, pues no tendremos mucho que esperar. Transcurren unos días tranquilos y una tarde, al regre-



sar a casa, me entero de que ya ha llegado nuestra... hijita. Mi alegría no tiene límite. Dios ha escuchado mi ruego y me ha concedido una niña. Entro a visitar a mi esposa y también está radiante de felicidad.

—La llamaremos Mary Helen—dice la madre.

Sí, sí, Mary Helen; es un nombre precioso, como ella. No me atrevo a tocar aquel montoncito de carne envuelto entre puntillas y lazos. Todos mis éxitos y glorias no son nada comparados con la satisfacción que siento al contemplar a mi hija. No he dicho mucho sobre mi vida en familia, pero ahora que viene a mano, les diré que los momentos más felices de mi vida son los que paso junto a mi mujer y mis hijos, y lo que más siento es que mi trabajo no me permita estar más tiempo con ellos; pero en cuanto puedo, a casita, a casita. Aquel proverbio inglés que dice: «No hay nada como el propio hogar», reza por mí, pues en ninguna parte me encuentro mejor que en casa. Educado siempre junto a mis padres, nada tiene de extraño que quiera hacer con mis hijos lo que antes se hizo por mí, y procuro despertar en los míos el mismo afecto y cariño al hogar que mi madre me inculcó.

La vida actual parece alejar a la juventud de sus casas. Se vive en la calle, en el restaurante, en el cabaret, en todas partes menos en casa, y no sabe los buenos ratos que pierde esta juventud alocada en busca de una chillona alegría que confunde con felicidad. La paz del hogar se ha querido poner en ridículo por la gente llamada moderna, pero hay que desengañarse, cuando uno recibe los primeros embates de la vida, el único sitio donde le escuchan y le consuelan es en casa, es la familia, los que están dispuestos a sacrificarse, a sufrir contigo cuando sufres y a alegrarse cuando te sonríe la suerte. Ahora que, esta familia no se improvisa, y si quieres encontrarla el día que la necesitas, debes procurar amarla y sostenerla con tu propia caridad. Amor con amor se paga y en la familia como en todo en este mundo, la obligación está de las dos partes. Esto es lo que yo quie-

ro dar a entender a mis hijitos. Ahora son muy jóvenes todavía, pero observando el ejemplo de sus padres, pueden ya desde su infancia empezar a aprender.

## UN TRABAJO ABRUMADOR

Tengo poco rato para ocuparme de mis cosas, pues aunque les parezca mentira, soy un hombre que adora el deporte, pero ocurre que apenas me queda tiempo para practicarlo. El tenis es uno de mis favoritas, y sólo de vez en cuando puedo permitirme el lujo de jugar algún partido. Los artistas cinematográficos, durante el día estamos ocupadísimos y nos queda poco rato para nuestras aficiones particulares. Estoy repasando la lista de películas que tengo que filmar y me espanto.

Después de «Ninotchka» empecé inmediatamente en «Un rostro de mujer», donde interpreté un papel de doctor. Es la primera vez que ejerzo de médico y esto de aparecer con una bata blanca fué de mi agrado. A propósito de esta bata: si algún día ven ustedes este film, observarán que la bata me sienta perfectamente, y no vayan a creer que esto es una casualidad. Muy al contrario. La probé infinitas veces. Recordaba una película en la cual los hermanos Marx se apoderan de una clínica o sanatorio y todos son doctores. Todos visten bata blanca. Yo reí mucho viendo aquella cinta y al tener que interpretar un papel de doctor se me ocurrió que vestido de bata blanca me parecería al Marx del bigote y las gafas. Admiro mucho al famoso cómico, pero no querría usurparle la personalidad. Cuando dije esto al sastre mientras me tomaba la medida para la bata, el buen hombre se echó a reír tan a gusto que temí tomase mal las medidas.

—Es usted muy gracioso, señor Douglas. Debería trabajar con Groucho y Chico.



Al oír esto me vi perdido. Este hombre se distraerá y me hará un batín que no me va a servir.

—¿Cuántas veces he de venir a probar?

—Basta con una vez; esta prenda no tiene importancia.

—Para usted, no, pero para mí, sí.

Efectivamente, en la primera prueba no me gustó. Hubo retoques, una segunda prueba; tampoco iba bien. Resumiendo: la bata de doctor que uso en «Un rostro de mujer», se probó diez veces. Nunca he necesitado tantas pruebas para un traje de frac.

Acabada esta película empecé en «Demasiados maridos», y de nuevo circuló el rumor de que me llamarían para trabajar otra vez con Greta Garbo. No esperé que me avisaran; le hablé a ella por teléfono y se lo pregunté. Me contestó que sí. El director George Cukor había quedado muy bien impresionado con mi trabajo en *Ninotchka* y quería que fuese de nuevo el compañero de la Garbo en «La mujer de las dos caras».

—La culpa es suya—dijo Greta—. Su interpretación del joven parisién estuvo tan bien que me eclipsó.

—Es usted muy bromista. Aun no ha nacido el galán que la pueda eclipsar a usted.

—Voy a darle mucho trabajo en «La mujer de las dos caras». Soy una perfecta coqueta.

—Ha hecho muy bien en avisarme. Hombre prevenido vale por dos.

No me cansa el trabajo en las películas, aun cuando ahora voy de una producción a otra casi sin parar; pero estamos trabajando un grupo de artistas y directores que nos compenetramos de tal manera que el trabajo me resulta un placer. Cuando actuaba en el teatro nunca sospeché que el cine pudiera llegar a ser lo que es para mí.

Completamente absorto por el trabajo en las películas he tenido que abandonar el teatro en absoluto, y aunque a veces he sentido la nostalgia de las tablas, ésta se ve compensada por la idea de que si hubiese continuado en Broadway, hoy mi nombre no sería conocido en todo el mundo. La popularidad que se logra trabajando en el cine es tan su-

perior a la del actor de teatro, que no es de extrañar que tantos y tantos pasen de las tablas a la pantalla. Además se debe agregar a esto que las ganancias son también superiores en cinematografía. Temo que suene poco espiritual, pero hay que reconocer que los dólares han atraído mucha gente a Hollywood. Tiempos atrás se dirigían poblaciones enteras a California para arrancar el oro de estas ricas tierras; hoy vuelven las caravanas, pero no llegan en carros. Son los trenes expresos, los aviones y los automóviles, que vierten su elegante carga en Hollywood con afán de ocupar un sitio en el firmamento cinematográfico. ¡Cuántos desengaños entre las multitudes que han venido a Los Angeles para trabajar en el cine! Y no vayan a creer mis lectores que se haya rechazado a personas por ser feas o faltas de elegancia, muy al contrario. Yo he visto rechazar a muchachas monísimas y a jóvenes apuestos. En cambio he visto aceptar a una señora de edad porque tenía una cabeza cana que era un encanto. El director cinematográfico va siempre en busca de personalidad, y una cara correcta y un vestido bien cortado, muchas veces carecen de personalidad. El director, lo que busca, es lo que no se compra; como he dicho antes, busca personalidad, y ésta la tiene a veces un mendigo. Hay que tener en cuenta que los feos tienen también su sitio en la cinematografía, tanto o más que las beldades. Entre los elementos cómicos se cotizan mucho más los feos que los guapos.

Me parece que me he separado de mi camino, pues pensaba solamente hablarles de mi carrera en el cine, pero resulta un poco engorroso hablar siempre de uno mismo y esto me ha llevado a generalizar sobre todo cuando me rodea, y como me consta que todas las cosas del cine interesan al público, no he vacilado en explicar algunas generalidades curiosas sobre lo que ocurre en Hollywood.

Voy a enumerarles algunas películas más en las que he figurado: «El increíble señor Williams», «Demasiados maridos», «Desayuno para dos» y «Yo soy su marido».

No creo que pueda contarles nada más sobre mi vida que pueda interesarles; he procurado hacer un minucioso



estudio de todo cuanto me ha acontecido hasta llegar donde me encuentro. No puedo quejarme de mi suerte, pues muchas me la envidian, pero no crean que no me ha costado ningún esfuerzo. Son más de diez años de trabajo diario, con muy pocas vacaciones, y esto sí que lo he de declarar antes de poner punto a estas memorias. Todo el que pone empeño en realizar un trabajo y se fija una meta a la que quiere llegar y trabaja con buena voluntad, consigue su propósito.

\* \* \*

Melvyn Douglas mide 1,855 mts., pesa 83 kilos, tiene el cabello castaño y ojos castaño claro. Debido seguramente a la distinta nacionalidad de sus padres, resulta un hombre verdaderamente cosmopolita.

---

### BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas. tomo

**Imperio Argentina.**

**Miguel Ligero.**

**Estrellita Castro.**

**Shirley Temple.**

**Alfredo Mayo.**

**Melvyn Douglas.**

En prensa: **Manuel Luna.**





## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas. tomo

El bailarín pirata	La mujer sin alma
Margarita Gautier	El dominó verde
Ritmo loco	Damas del teatro
Sigamos la flota	El detective y su compañera
Mamá se casa	Señorita en desgracia
Las dos niñas de París	Los defensores del crimen
Maria Estuardo	Una aventura de la Pompadour
Melodía de Broadway 1938	La última avanzada
Los dos pilletes	El poder invisible
Apuesta de amor	Melodía rota
La vuelta de Arsenio Lupin	Titanes del mar
Héctor Fieramosca	Las vacaciones del juez Harvey
¿Es mi hijo?	Cupido sin memoria
Bajo el manto de la noche	María Ilona
El mundo a sus pies	Posada Jamaica
Forja de hombres	El caso Vare
Sepultada en vida	Pygmalion
Una pareja invisible	La quimera de Hollywood
Alarma en el expreso	

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS» - Apartado 707.- BARCELONA